

mirada de aquellos ojos tristísimos, el perfume de aquellas manos enguantadas y caídas en laxitud suprema. . . . ¡Dios mío! ¡Dios mío!

¡Oh! vuelve por el sendero sabuloso que guardó las huellas de tus piés; torna con tus ojos maravillosos, asombrados por el aleteante sombrero de paja, á henchir mi desolado espíritu de gozo; vuelve, vuelve á mí, que yo desde las rocas puntiagudas donde he asentado mi desolación, bajaré desgarrándome las ropas á llorar á tu lado, á llorar de inexplicable alegría de sér feliz, hondamente feliz un solo instante!

¡Oh, déjame sollozar á tu lado; deja que olvide mi dolor que he tenido en el alma como un cuchillo; deja que penetre á mi corazón el convencimiento de que no soy tan desgraciado; deja que llore mucho, mucho, al pensar que anduve en los limos de un mar de llanto oprimiendo tu recuerdo como la concha su perla!

Y sé que no volverás. . . . ¡que nunca volverás! . . . Yo sé que ni mis dolores atroces, ni mis ruegos espantosamente tristes, harán que tú vuelvas. ¡Oh, nunca volverás! . . . ¡Dios mío! ¡Dios mío! Haz renacer mi corazón oprimido por aquel recuerdo como un puñado de tierra por las raíces apretadas de un roble añoso; haz que detenido el tiempo resucite en aquella tarde maravillosa; haz porque mi espíritu no sufra; haz porque vuelva; haz porque me ame, porque. . . . ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Siluetas.

Más bien que musculoso, magro; los ojillos que al soslayo miran, entre irónicos y amables; con el reflejo amortiguado de la sonrisilla perpetua y vaga en el semblante largo; el sombrero de paja deteniendo la melena riza y con el bastoncejo de puño de plata en las manos enguantadas; así, con indiferencia que simula frivolidad, pasa Jesús Acevedo por los bulevares metropolitanos, guardándose á la humanidad en el bolsillo y desplegando el pensamiento á la lluvia de oro de las musas.

El borbollón de agua límpida donde parece que se baña una paloma, las abejas sabias, el bosque senecto y siempre en Primavera; el remusgo que trae olor de mirthos, cedria de pino y alma de tomillo; la mañana espléndida de colores y frescura, y los encinos pródigos de reta-

llos, dánle sensación de triplicada juventud, de fuerza imperecedera, de anhelar constante. Ama con intensidad febril toda manifestación en que la exuberancia de las fuerzas psíquicas se externa, sobria y gallardamente; todo ejemplo de virilidad, toda anatomía armónica y fuerte y toda potencia cerebral, serena de convicción y risueña de juventud. El ideal griego cabe en su espíritu!

En edades remotas habría sido discóbolo, y por su amor á la filosofía sentádose habría en los pórticos de Atenas.

Y este muchacho que busca el mítin detonante, el palique burbujeador de sátiras que deflagran como hierros candentes al contacto de la lluvia; que riega su alegría como el abedul murmurios y hojas blancas, es un serio y un triste de corazón que ha encontrado en la vida, como Constantino cuando iba á combatir á Magencio, un lábaro con estas palabras del divino loco de Nuremberg: «hacéos duros.» Tiene un bello espíritu formado á golpes de voluntad y pulido y alustrado con todos los procedimientos de la cultura intensiva más selecta.

Ha signado su frente con las tristezas de Verlame y Rodembach, y unguido su ambición con el óleo mil veces sacrosanto de Nietzsche.

Ha sido para consigo mismo «su confesor y su poeta;» y cultísimo como es, su futuro irrimisiblemente será radioso.

Es consecuencia inevitable de su aris-

toocracia espiritual el horror casi instintivo á la vileza hedionda, á «la chatura artística, á la mulatez intelectual,» á la abyección que se ostenta con desvergüenza de mesalina é impudor de limosnero leproso.

Y su educación ha sido lenta pero firmísima. En la Escuela de Bellas Artes dejó su rastro preciso de personalidad artística y regocijado ingenio, y en muchos concursos abiertos por el Gobierno para la construcción de edificios escolares, ha vuelto siempre con el ramo de laurel olímpico en la diestra.

Su victoria última tiene relieves de imposición. Su proyecto de Monumento á Juárez, al que la prensa toda y la opinión pública de manera unánime y como axiomática le han discernido el premio, anticipándose fundadamente al laudo del Jurado, será una muestra de alta intelectualidad en nuestra patria.

La firmeza del dibujo, sin vacilaciones ni titubeos de rapaz; el vigor y amplitud de la concepción y la acertada elección de elementos que hacen un todo armónico de belleza tranquila, han causado y no sin razón, un asombro por la juventud del artista y una satisfacción profunda, porque solo, humildemente, se ha llevado el triunfo sin protestas.

Y el General Díaz, que ha hecho montañas con sillex, granitos y rocallas; que ha sido ráfaga sacudidora de frondajes distintos hoy, moviéndose á compás y

aprisionando notas diversas en la pauta del deber ha formado un himno soberbio, sentirá seguramente el orgullo de ver que un muchacho ha sido el triunfador en uno de los concursos arquitectónicos más serios y trascendentales de la República.

Y estaba previsto el resultado favorable á Acevedo en este concurso nobilísimo; porque su perseverante estudio, su devoción al arte excelso, sus conocimientos enciclopédicos y sus facultades excepcionales, fundaban en cierto modo tal previsión que no ha sido defraudada. De estéril y mal cultivado ingenio, habría resultado "un hijo seco, avellanado, antojadizo" y no la obra llena de originalidad y pródiga de belleza.

Seguramente que en las próximas segazanes, la graneada espiga rendirá puñados de oro; el artista, en ascención constante, derrochará los tesoros de su talento privilegiado, de su personalidad tan brusca como reciamente definida.

De hoy para entonces, podemos aplicarle con toda exactitud aquellas célebres palabras: "es un árbol, que será bien pronto un mástil de navío."



Almas Infantiles

A LA SEÑORITA L. BUSTOS.

¡Oh, qué encanto, qué dulzura, qué inefable atractivo tienen para mí los campos cuando la vida errumpe por doquiera!

Las copas florecidas de los manzanos y almendros como chinescas mantillas que sobre escuetas ramazones orearan los céfiros; el ocaso como estadio tras juegos circunces; los rayos del sol que, al hundirse tras la calva serranía, clavan sus venablos en las nubes-concreciones en la concha enorme de los cielos, todo, todo esto infiltra su juventud en mi sér, y su soplo saludable pone temblores en el lago adormilado de mi espíritu!

Desde el herrumbroso balcón de esta vieja hacienda hospitalaria, miro barcinar la paja; las eras donde acriban el trigo que va formando montones de inquietos gusanillos de oro; los bueyes acoyundados, con los ojos bondadosos bendiciendo

la llanura; las gallinas aclocadas rascando hoyancos, rodeadas de polluelos que por pequeñines aun llevan sus felpudos abrigos invernales; el pozo con su glauco terciopelo de musgo, donde charlan las campesinas de ojos negros, cuellos fuertes que ensangrientan menudas sartas de corales y piés morenos de uñas lustrosas como empapadas en rocío; el monte negro que en neblina envuelto parece humear, y el loco salpique de casas de tejavanes oscuros, entre largos órganos que se yerguen cual gigantescas espinas vertebrales.

En el lago que custodian esparrancados tepozanes cuyas hojas nievan céspedes, como un cruel desplume de palomas hecho por azores, paso los horas contemplando los reflejos de frondajes en el agua, en cuyo fondo fingen vegetaciones raras, y los de policromos celajes, semejantes los blancos á témpanos de hielo que se mueven, y los negros á reptiles que silenciosamente nadan.

Aquí las mulas, acollaradas aún, al medio día descansan breve rato, y el sol que rompe frondas, riega en sus lomos las áureas onzas de su escarcela.

Pedrín me acompañaba siempre. No puedo olvidarlo; llevo su imagen en el alma como una cicatriz.

En las mañanas agrisadas aún, cuando las nieblas arrastrándose iban dejando en las ramas sus diamantes, llamaba á mi puerta.

Era pequeñín, aduendado, con ojos vagos que recordaban quizás un sueño, cejas negras y curvas como las plumas caudales de una golondrina. No tenía padres. La hacienda lo acrianzó noblemente, y él tenía por ella una gratitud triste y enorme como una nube preñada de lágrimas.

Aun cuando el cielo achubascado le mostrara su amenaza, él bajaba á adestrarse en las ordeñas y en los trabajos de uncir yuntas y guarnecer caballos.

Su único amor era Leal, perrazo de color de lumbre, de párpados cacarañados y de pupilas amarillas como las almendras de los huesos de durazno, hocico dentado fieramente y con ribetes de hule negro.

Dormía al pie de la cama de Pedrín, comía con él, jamás separábanse, y juntos correteaban en los carriles arenosos, buscaban sombra bajo los agabanzos en flor y se internaban entre los bejuocos de agraceñas zarzamoras, á riesgo de empujarse.

De sus correrías volvían, el perro acezando y el muchacho con los zapatos desuelados y su eterna melancolía en las pupilas. Cuando por un momento desaparecía Leal, sus ojos eran, no como pájaros que entre rejas buscan salida, sino como pájaros que libres no encuentran donde posarse.

¿Qué platicaba el mocozielo al perro

aquél en los ratos que se acostaban en las quebrajas del terreno? ¿Qué panteísmo inconsciente hacía salir en frases el infortunio de aquella alma?

El quería los besos de amor y las caricias que son bendiciones, y encontraba besos y caricias compasivas. Se vió solo, y clavó su afecto en su perro como un puñal en un árbol que al ensanchar su tronco más le oprime. Labró la miel virgen de su cariño en él, como las abejas en las gavillas reseca.

¡Oh, las bellotas que pudieron ser encinas y abonaron la esterilidad de los cascajos ardidados por el sol! ¡Oh, niños buenos, ávidos de caricias, sin regazos ni amor, moríos! ¡Sois las nébulas errantes que guardan los llantos de la vida!

MI última excursión al bosque fué en Agosto. Pedrín, endechador y alegre marchaba ágilmente con su cantimplora de agua acidulada con naranjas, que él mismo desjugó; brillaba al andar su pantalón bombacho de alpaca, y salpicaban su sombrero, á guisa de adornos raros, flores de mimosas como gusanos velludos ó como trozos de redondos cepillos con los cuales limpiaba el cañón de su escopeta diminuta. Leal jadeaba escudriñando los agujeros de las peñas vestidas de timpánulas.

La mañana era rosada y fresca como los brazos recién lavados de una mozueta. En la selva había una solemne majestad, acrecentada por confidencias de frondas

y trinos incompletos de pájaros. Las nubes de moscos flotaban en el aire como tules vaporosos, y dulcemente movían sus plumas verdes las palmas que crecen en las partes húmedas de las montañas. Súbitamente atravesó un cuervo crascitando y se detuvo en un ocote viejo y erizado.

Nuestro morral de malla albergaba algunas aves; ninguna pieza grande. Pedrín soplaba su balitadera tenazmente, y á ratos callaba creyendo oír los gañidos de las ciervas. ¡Nada!

Del barranco profundísimo subía un aliento perfumado y frío. Nos sentamos. Pedrín reunió hojarasca, hizo lumbre y colgaba pajarracos que plácidamente embroquetaba. Mientras se asaban se puso á jugar con Leal, que, escandecido, ladraba no pudiendo atrapar el pan que le ofrecían y retiraban.

MI espíritu giraba en un sueño, como una pajilla en la hebra de una araña. Nos sacudió el ruido de una rama que al quebrarse imitó el bramar de un ciervo.

Leal de pronto puso las manos en Pedrín, quien descuidado hizo un movimiento tan brusco para esconder el pan, que resbaló en las hojas de ocote y rápido descendió al fondo como atraído por una mano invisible y fortísima.

Leal corrió tras él; y cuando á ellos llegué, el crascitar de un cuervo que pasaba muy bajo me bañó en escalofrío.

Pedrín, con los ojos agonizantes y apo-

yado en el brazo izquierdo ¡quién sabe qué de inmensamente cariñoso y doloroso decía á su perro que lúgubrementemente aullaba, mientras el fulgor de sus ojos se apagaba lentamente; y, haciendo un supremo esfuerzo, alzó su brazo y le tendió su pan!

¡¡Oh, nunca, nunca he llorado como entonces!!



Mi Alma.

Sin el pasado ¡qué desierto sería el porvenir! Hoy el recuerdo de mi juventud á veces me ilumina, pero siempre me deja pensativo.

Cuando con mis zapatos bayos, pantalones de punto, saco de tablas y la riza cabellera desbordándoseme como espuma negra por el sombrero de paja; el alma atenta, pero torpe y sorda aún á los ruidos del campo, recorría, con la flecha de resorte ó la pequeña escopeta al hombro, los caminos silenciosos, me parecía que algo como una cadencia profunda y un perfume intenso me embriagaban y envolvían.

Un cauce arenoso que desparramaba en los Agostos atronadores agua barrosa, era el lugar predilecto de mis meditaciones inconscientes. La campiña parecía quebrantada por el silencio más hondo y la quietud más feliz.

Volaban las nubes de moscos semejan-

tes á velos finísimos; el canto de los gallos llegaba de muy lejos, y á ratos un cardenal, una primavera ó un mirlo gorgoriteaban sus arpegios.

¿En qué pensaba entonces? En muchas cosas que mi alma de niño no podía explicarse. Las horas transcurrían en un adormecimiento divino de sentidos.

¡Qué bella me parecía la vida, qué buenos todos los hombres! Porque para mí, Dionisio—el carrero del Rancho de mi padre—era el tipo de la virtud y la bondad; y era y seguirá siendo para mí indubitable que Dios le llevará á su lado en premio de las penas que le hice pasar, ya cargándome ú obligándole á caminar conmigo por aquellos bosques apretados de maleza y bejucos engarfiñados.

¡Y efectivamente fueron para mí los días más felices de mi vida! Encanecido ya, cuando el pensamiento indócil y agradecido me lleva á aquellos prados, son tan precisos mis recuerdos, que percibo el aroma del thé silvestre; miro sus flores amarillas como mariposas de papel, y siento á Juana, la hija de Dionisio, que me daba muchos besos apretados que me sabían á manzana, y hago un ademán involuntario como para abrirme paso entre las ramas de los anacahuites. ¡Qué cielos tan diáfanos! ¡Qué mañanas tan puras!

Las vacas patriarcales, los tordos que se arremolinaban en los barbechos fingiendo ser de luz al chapuzarse en los zanjonnes, cuyas linfas saltaban como bombas

de cristal; los peñascos con sus tapices; las encinas con sus muérdagos, y los crepúsculos de sangre y seda y ópalo, imprimieron en mi espíritu melancólica vaguedad que prueba mi dolor por la ausencia irreparable y eterna. ¡Yo bien sé que nunca volveré!

Concluídas las vacaciones, cuando la nieve descendía del Xinantecatli, volvía al Colegio, triste, con la promesa en el corazón de llevar á Juana, al año siguiente, una cruz de concha nácar, un delantal de cambaya y unas arracadas de columpio.

¡Silvestre y dulce amiga, cómo llenaría-me de regocijo un beso tuyo!

Ya en el Instituto, mi espíritu negligente y enfermizo se resquebrajaba con el estudio como un fango por el sol; la presbicia mental aumentaba siempre á compás de mis entusiasmos. Sin embargo, el corazón temblaba ante la proximidad de las vacaciones, como un pájaro en las manos de una mujer.

En mis amigos veía la inconsciencia de vivir, el olvido de todas las contrariedades. Y yo sufría! ¿Por qué?

Un vago anhelo de viajar me poseía: me agitaba ante una posibilidad ó una fantasía, como las hojas de los álamos al beso de la brisa.

Pasaron los años indiferentes á mis pensamientos de angustia; volví á los campos requemados por el hielo de Diciembre; crucé los bosques majestuosos ornados

de labrusca, y los besos de Juana no tenían para mí, como antes, sabor de manzana fresca; en sus ojos había un azoramiento de gacela, y en sus senos un temblor de onda. Bajé por última vez el camino de aquel Rancho, y un adiós confuso y empapado en lágrimas salió como un suspiro de mis labios apretados!...

Hay un espacio en mi vida que se llena con una reverente memoria filial.

¿Qué iba á ser de mí? Lo sabía muy bien: trabajaría! Y empezaron los desfallecimientos y los entusiasmos á renacer alternativamente; el tiempo corría como una gota de agua sobre un vidrio inclinado. Y supe de privaciones, de ausencias y de sombras que alumbraba mi pensamiento tenaz.

Era preciso triunfar para que no se rieran las gentes de mis sueños; era preciso triunfar para volver alguna vez al praderío silencioso que me nutrió de pensamientos solemnes! ¡Curiosas tonterías! Pero estas ideas me aprisionaban como en una jaula.

Vivía entonces en una barriada del Sur de la ciudad; allí se albergó mi primera simpatía.

Mi novia se llamaba Elisa; vestía de luto, tenía los ojos claros y como cansados, unas manos maravillosas de divino marfil y sufría como yo. ¡Oh, alma solitaria en el tumulto, cuánto amé tus dones de piedad!

Nos separaron. . . . porque era preciso!

¡Qué rampa tan penosa, qué ladera más pronunciada, qué declive más traidor! ¡Cuánta falsedad y cuánta infamia!

Hoy abro los ojos con espanto cuando creo vislumbrar una mano que muestra un corazón; casi he perdido los sentidos para hedores, amarguras, llagas, blasfemias y abrojos.

Me alejé algún tiempo; marché á una campiña que no era la mía, y allí los ojos azules de una pálida visión de mármol encantaron mi vida; la encantaron para siempre, porque á través de todas las manos, veo aquéllas, y á través de todas las pupilas miro aquéllas de turquesa celestial.

Creo en las bodas espirituales; yo te juro, lirio de oro, campánula de nieve, candelencia de alondra, alma de lágrima, que fui tuyo, que soy tuyo, que seré tuyo por los siglos de los siglos!

Volví después con el espíritu cansado; y cuando huyeron mis penates derribando el templo, entonces el corazón despedazado tornóse amargo y duro como la estatua de sal de la mujer de Loth!...

FIN